exorcistas, intérpretes de las lenguas y *copistas* (Epiph. *Expoxit. fid.*, c. 21).—(Véase el artículo *Fossores*.)

He aquí, según el libro pontifical (*In Vit. Sylvestr.*, XXXV, 20) el orden jerárquico, establecido por San Silvestre entre los ministros de la Iglesia: «El que deseaba militar en la Iglesia..... debía ser primero portero; después, lector, exorcista, acólito, subdiácono, guardián de las confesiones de los mártires (*martyrarius*), diácono, sacerdote..... y elevarse de este modo al orden episcopal.» (Se encontrará en este Diccionario un artículo especial sobre cada uno de estos órdenes.)

La biblioteca de la catedral de Autun posee un manuscrito muy antiguo del sacramentario de San Gregorio, en el que están representados los órdenes menores con los vestidos y los atributos peculiares á cada uno de ellos, comprendido allí el subdiaconado, lo cual es una prueba evidente de la remota antigüedad del monumento (véase el artículo *Subdiáconos*), que reproducimos aquí según la copia que de él han publicado Durand y Marténe en su *Viaje literario de dos religiosos benedictinos*, t. II, pág. 153.

ÓRDENES RELIGIOSAS.—En los artículos *Ascetas*, *Monjes*, *Monasterios* y *Ermitaños*, hemos dado nociones generales y sumarias sobre el origen de la vida ascética y de la vida cenobítica.

En éste trazaremos, según el método del P. Mozzoni (*Tavole cronologiche della storia della Chiesa universale*..... Venecia, 1856), un ligero cuadro cronológico de las órdenes religiosas, desde el origen del cristianismo hasta el siglo VI inclusive.

SIGLO I.—San Juan Bautista, que todavía joven se retiró al desierto, es considerado por la mayor parte de los intérpretes de los Libros santos, como el prototipo de la vida monástica (Baron. *Annal.* ad an. XXXI, n. 15). San Jerónimo, en su carta XXII á Eustoquio, lo llama *el príncipe de los monjes*. «El autor de la vida monástica, dice este Padre, es Pablo; el ilustrador, es Antonio; y para remontarnos más alto, el príncipe es Juan Bautista.» He aquí, pues, la vida *ascética* personificada en Juan Bautista, la *anacorética* en Pablo, la *monástica* en Antonio. Debíamos citar este texto y manifestar claramente las distinciones que resultan, á fin de guiar al lector en los detalles que seguirán.

Se concede de buen grado á las órdenes religiosas un origen apostólico. Porque las más respetables autoridades afirman que la vida religiosa fué practicada por los Apóstoles, que se habían obligado por un voto, al menos implícito, á la práctica de los consejos evangélicos, cuando, al abandonar todo lo que poseían, se unieron á la persona del Salvador (véase Hieron. *Epist.* CXX, CXVIII, CXXX, etc.—Bernard. *Apol. ad Guill. abbat.*, X.—Cassian, *Collat.*, XVIII, 5, etc.).

El judío Filon (Ap. Passagl. *De immac. Virg. Deip.*, sect. VI, c. 6, art. 1), contemporáneo de los Apóstoles, ha descrito la vida pura y mortificada de los terapeutas, á quienes Eusebio ha querido considerar como cristianos, pero que más probablemente eran judíos. Se habían retirado á unas celdas en la montaña de Nitria, más allá del lago Meris, y allí se entregaban, como debían hacerlo más tarde los Padres del desierto, que dieron á este sitio tanta celebridad, á la oración y al estudio de las letras.

SIGLO II.—Ningún hecho nuevo respecto al asunto que nos ocupa podemos manifestar en este siglo. Los relatos que encontramos en los *Actos de los Apóstoles* nos enseñan que en los primeros tiempos, es decir, en la edad de oro del cristianismo, todos los discípulos del Salvador vivían en absoluto como religiosos. No tenían más que un corazón y un alma, todo era común entre ellos, fortuna, trabajo, oración; vendían todos sus bienes para consagrar su valor á las necesidades de todos, y hacían desaparecer de un solo golpe, para servirnos de las expresiones de M. de Montalembert (*Moines d'Occident.*, I, 47), la riqueza y la pobreza. Todos los creyentes vivían de este modo; no puede dudarse de ello recorriendo los primeros capítulos de los *Actos de los Apóstoles* (II, 44, 45; IV, 32, 34, 35, 37). Este cuadro de la sociedad cristiana se aplica á los tres primeros siglos, en los cuales todos los cristianos conservaron un carácter, no diremos *monástico*, con el ilustre historiador de los monjes de Occidente, pero sí *ascético*. Hay allí un matiz muy notable, que importa no perder de vista (véase el artículo *Ascetas*).

SIGLO III.—Año 250.—El egipcio Pablo, á la edad de veintidós años se refugia en el desierto de la Tebaida para librarse de la persecución (Hieron. *Vit. Paul.*, V). Allí, por el género de vida que abraza, preludió la vida eremítica, lo que le ha valido el nombre de primer ermitaño.

270.—Principios de San Antonio, el gran maestro de la vida monástica en Oriente. Apenas tenía diez y ocho años, vende su rico patrimonio, y habiendo confiado su hermana á un monasterio de vírgenes, visita en el desierto á los más ilustres solitarios, dedicándose á recordar en su memoria las virtudes que brillaban en cada uno de ellos, y á rechazar con el auxilio de la oración y del ayuno las tentaciones con que el infierno procuraba apartarlo de sus generosos propósitos (Athanas. *Vit. S. Anton.*, V).

285.—San Antonio se confina en un viejo castillo del desierto, donde pasará veinte años en la más completa soledad (Bolland., *jan.* XVII).

296.—Principios de San Pacomio, célebre padre de los monjes, que se retira al desierto

á los veinte años (Bolland., *maii.* XIV).

SIGLO IV.—305.—San Antonio, después de veinte años de estrecha soledad en el desierto de Tebaida, empieza á admitir discípulos (Athanas., *op. laud.*, XIV) Es visitado por Hilarión, joven de quince años, que en la escuela de tan gran maestro adquiere tan vivo deseo por la vida monástica, que llega á ser uno de sus más perfectos modelos (Hieron. *Vit Hilarion*, III).

311.—San Antonio, convertido en padre de considerable número de monjes, se traslada á Alejandría para fortalecer á los fieles perseguidos por Maximino (Athanas., *op. laud.*, XLVI).

321.—Las instituciones monásticas empiezan á propagarse con gran rapidez. Es preciso no confundirlas con las instituciones *ascéticas* ó las *anacoréticas* propiamente dichas (véase el artículo *Ascetas*).

328.—Los monasterios de los grandes maestros San Antonio y San Pacomio, son visitados por San Atanasio (véase Baron., *an.* CCCXXVIII, 34). Los mismos filósofos paganos visitan á San Antonio y confiesan que han adquirido muchos conocimientos en sus enseñanzas (Athan., *op. laud.*, LXXII).

334.—San Antonio, á ruegos de Constantino, escribe á este Emperador y á sus hijos para darles saludables consejos (ibid., LXXX). Pero poco después, habiendo dirigido una súplica á este mismo Príncipe en favor de San Atanasio, perseguido entonces por los arrianos, no consigue de él respuesta favorable: ¡tan grande era el ascendiente que estos sectarios tenían sobre su ánimo! (Sozom., II, 21).

339.—Para dar á conocer y poder apreciar en el Occidente las inmensas ventajas de la vida solitaria, San Atanasio hizo públicos los actos de San Antonio (Hieron., *Epist.* CXXVII. *Ad princip.* V). Lo hace con sus escritos, y todavía más trasladándose con él á Roma, donde se habían reunido para su defensa algunos solitarios insignes, tales como Ammonio (Socrat., IV, 23), cuyos ejemplos producen la más viva sensación en la Ciudad Eterna.

341.—San Antonio Abad escribe al intruso arriano Gregorio Capadox, que dividía la Iglesia de Alejandría (Athanas. *Hist. Arian.*, n. XIV), así como á Balac, que lo protegía con las armas (ídem, *Vit. Ant.*, n. LXXXVI).

344.—Aquí se coloca la fundación, por San Pacomio, del ilustre monasterio de Tabenna, la alta Tebaida, que da muy pronto una multitud de eminentes cenobitas, tales como San Teodoro y San Arsiesio ú Orcesio (véase Tillemont. *Mém.*, t. VII, pág. 469, y respecto á Orcesio, página 479). San Pacomio es el primero que ha escrito una regla completa y detallada.

352.—San Eusebio, obispo de Verceil, es el primero en Occidente que asocia la vida monástica á la vida clerical, viviendo y haciendo vivir á sus clérigos en los ayunos, las oraciones, la lectura y el trabajo manual (véase Tillemont. *Mém.*, t. VII, 531). No se salía de este clero, dice San Ambrosio, sino para ser obispo ó mártir. Debe creerse que éste es el origen más antiguo de los canónigos regulares.

355.—La opinión más probable fija en este año el viaje que San Antonio hizo á Alejandría á ruegos de San Atanasio (véase Tillemont, VII, 670, nota VIII). Allí se hizo admirar y venerar de los paganos por la austeridad y el esplendor de sus virtudes, nacidas de una filosofía nueva.

356.—San Hilarión, célebre por sus florecientes *lauros* anacoréticos, asombrado de los elogios humanos y de los honores que le atraían sus milagros, huye y, hasta su muerte, hace una vida errante de soledad en soledad (véase Tillemont, VII, pág. 569 sig.).

358.—San Basilio predica en el Ponto y establece allí varios monasterios: las virtudes que en ellos se practicaban excitan la admiración de los pueblos y obtienen los más grandes elogios de San Gregorio de Nacianzo (Tillemont, IX, 43).

360.—San Martín funda el primer monasterio de las Galias, á dos leguas de Poitiers. San Gregorio de Tours lo llama *monasterium Loco ciagense*, nombre que Bulteau (*Hist. de S. Benito*, pág. 37) traduce por Ligugé.

361.—San Apolonio funda un gran monasterio sobre una montaña del territorio de Hermópolis, en Tebaida, donde se conservaba la tradición de que Nuestro Señor había sido llevado en su infancia (véase Tillemont, X, 37).

363.—La virgen Santa Sinclética se hace célebre en el magisterio monástico cerca de Alejandría. Su *Vida* está unida á las obras de San Atanasio, pero no hay seguridad de que sea suya.

365.—Los monjes de Tabennes dan hospitalidad á San Atanasio (Bolland., *maii.* XIV).

367.—San Orcesio gobierna con maravillosa sabiduría el monasterio de Tabenne (Tillemont, VII, 499). Lo que debe observarse en esta época, y en este monasterio sobre todo, es el celo de los religiosos por el trabajo manual. San Epifanio elogia el mérito de estas obras, poniéndolas enfrente de la vida ociosa de los herejes mesalianos.

372.—San Martín, desde el principio de su episcopado, fundó el célebre monasterio de Marmoutiers, verdadero plantel de obispos (Sulp. Sev. *Vit. S. Martini*, X). La historia de estos tiempos nos presenta un considerable número de monjes que ilustraban la Iglesia de Oriente, valerosos y caritativos defensores de la fe de Nicea, entonces con tanta violencia atacada. El que figura á la cabeza de estos apologistas es San Macario el Egipcio (Tillemont. VIII, 606). Tanto celo por la defensa de la verdad, aumentó contra estos monjes el odio de Valente, príncipe arriano.

377.—Los monasterios de vírgenes brillan en Milán con vivo resplandor, sobre todo á causa

de las enseñanzas de San Ambrosio, que atrajeron allí un gran número de jovenes extranjeras (Ambros. *De Virgin.*, I, 10.—Véanse los artículos *Monasterios* y *Vírgenes cristianas*).

385.—Las peregrinaciones de San Jerónimo, de Santa Paula y de otros varios romanos ilustres á Oriente, contribuyen poderosamente al desarrollo de instituciones monásticas (Tillemont, XII, 100).

388.—San Agustín introduce, con su ejemplo, la vida monástica en Africa (*Vit. San Augustin*, III, 2). Santa Paula edifica tres monasterios de religiosas y uno de monjes; entrega este último á Jerónimo, que le agrega un hospicio para los peregrinos (Tillemont, XII, 122).

391.—San Agustín, elevado al sacerdocio, establece un monasterio de religiosos y uno de vírgenes en Hipona. Los religiosos no tardan en extenderse por toda el Africa (*Vit. S. August.*, III, 5).

396.—San Agustín, lleno del Espíritu de Dios, introduce en su clero la pobreza y la vida común, estos dos baluartes de la ejemplar observancia (ibíd., IV, 2, n. 8).

SIGLO V.—401.—San Honorato, descendiente de una ilustre familia de las Galias, adornado con la dignidad suprema del consulado, fundó la célebre abadía de Lerins. Se cree que eligió de preferencia este lugar á fin de no alejarse de Leoncio, obispo de Frejus, cuyos consejos y ejemplos le eran preciosos (véase Tillemont, XII, pág. 468).

410.—San Euquerio edifica, por sus virtudes, el monasterio de Lerins.

411.—Y después de haber pasado allí algún tiempo, busca un retiro más completo todavía en una isla vecina que se llamaba entonces Lero, hoy Santa Margarita. San Euquerio mantenía activa correspondencia con San Honorato, y vemos que San Hilario era el tercero en este dulce y edificante comercio epistolar (Tillemont, XV, 122).

422.—El monasterio de Teledan ofrece notables ejemplos de paz y de admirable constancia en los ejercicios religiosos (Theodoret., *Vit. PP.*, c. IV).

424.—A esta fecha se refiere la institución de los *acemitas* (no durmientes) por Alejandro, primero abad de Constantinopla; su monasterio estaba situado en la embocadura del Ponto-Euxino, probablemente en un lugar de la Bitinia llamado Gomon. Si estos religiosos llevaban el nombre de acemitas, *que no duermen*, nombre compuesto del α privativa y de κοιμάω, «yo duermo», esto no quiere decir que los monjes no dormían nunca; es la comunidad, tomada colectivamente, la que no dormía, porque practicaba la salmodia perpetua: los religiosos estaban distribuídos en diversas clases que se sucedían unas á otras para cantar sin interrupción las alabanzas á Dios (véase Tillemont, XII, 497).

426.—San Máximo, abad de Lerins, conjuntamente con San Hilario (Tillemont, XV, 392, 43). De ahí proceden el célebre San Lupo y su hermano Vicente (Eucher. *Ad Hil.*, página 40).

428.—Los monjes de Constantinopla inician la resistencia á los errores de Nestorio, y sufren por este motivo una persecución cruel (Tillemont, XIV, 314).

430.—San Caprais, ilustre monje de Lerins. Usuardo, Adon y otros muchos todavía, lo hacen abad de este monasterio. Tillemont (XII, 679) prueba que no lo era, sino únicamente el consejero de San Honorato: *Ille imperio, iste consilio*, como dice la homilía atribuída á Fausto.

431.—San Dalmacio, venerado como jefe de los monasterios de Constantinopla, contribuye mucho, con sus monjes, á ilustrar á Teodosio con motivo del legítimo Concilio de Éfeso (Mozzoni, V, 52).

444.—Fundación del célebre monasterio de Condat en el monte Yura por los santos hermanos Romano y Lupicino (Bolland, XXVIII, *febr.*).

448.—Contra Eutiques, archimandrita (ó sea *príncipe de los monjes*) de Constantinopla, hereje pertinaz, se sublevan gran número de monjes, defensores celosos del dogma católico. El primer Concilio de Constantinopla está suscrito por 23 archimandritas orientales, que condenan á este innovador (véase Mansi. *Concil.*, VI, 751).

451.—Entre los monjes fieles brillan sobre todo Fausto, Martín y San Marcelo, abad de los acemitas. Los dos primeros merecieron que San León les escribiese varios párrafos elogiando su conducta (*Epist.* LXXII, LXXIV). Y tenemos dos cartas en las que Teodoreto felicita á San Marcelo por la firmeza de su fe (*Epist.* CXLI, CXLII).

461.—Las cercanías de Jerusalén se ven santificadas por multitud de solitarios que, bajo la dirección y los ejemplos de San Eutimio, hacen florecer aquí la observancia monástica con la perfección de la vida común, allí el ejemplo de las más austeras abstinencias en una rigurosa soledad, hasta el punto de que podría creérseles muertos á toda necesidad física, y no teniendo vida y entusiasmo sino por una íntima unión de su alma con Dios. El historiador Evagro (l. I, c. 21) nos ha dejado edificantes detalles en este asunto.

484.—Después de Eutiques, Acasio de Constantinopla, que procuraba corromper á los monjes para atraerlos á su partido, vió un gran número de religiosos, animados en su celo hacia la fe por las cartas del Papa, oponerse con energía á todas sus pérfidas sugestiones. Prestaron inmensos servicios á la fe y á la unidad católica, los que puede decirse no se sostuvieron entonces en Oriente sino gracias á su heroica constancia. En primera fila brillan los

abades-sacerdotes Talasio, Hilario y Rufino (vease Tillemont, XVI, 362).

493.—Los santos monjes Sabas y Teodoro, nombrados superiores de los monasterios de la Palestina, prestan grandes servicios á la causa católica contra los artificios hipócritas del emperador Anastasio (Tillemont, XVI, 644). En aquel tiempo fué cuando el futuro patriarca de los monjes de Occidente, San Benito, santifica los días de su adolescencia y de su juventud en su humilde celda de Subiaco (véase Mozzoni, V, *Citaz.*, n. 780).

SIGLO VI.—501.—Las instituciones monásticas del Africa se hallan fortalecidas con los ejemplos del obispo San Fulgencio, promotor de la observancia religiosa aun en el seno del destierro á que fué condenado por los arrianos (Baron., *an.* 504, 33).

504.—San Hilario funda en el seno de los Alpes Romañoles un monasterio que, merced al favor del rey Teodorico, adquiere gran renombre (Bolland. *Vit. Hilar.* maii, XV).

506.—Otro tanto hace en la Valeria San Equicio, célebre por sus predicaciones, si bien laico (pero con el permiso del Papa Simmaco), y cuyos monjes se distinguían particularmente por su asiduidad en copiar libros (Baron., *ann.* 504, 11 sig.).

511.—Los santos abades Sabas (véase Pagi, *an.* 512, n. 4) y Teodosio (ídem, ibíd. 511, n. 10) defienden generosamente la fe contra las arterías y las violencias del emperador Anastasio.

513.—Dedicación de un célebre monasterio de vírgenes en Arlés, debido á la actividad de San Cesáreo, con la alta sanción del Soberano Pontífice (Pagi, *an.* 508, n. 9).

516.—Nuevos y generosos esfuerzos de los monjes de Oriente en favor de la fe (Pagi, 516, n. 6).

517.—Solemne fundación del célebre monasterio de Agaune (San Mauricio) por Segismundo, Rey de Borgoña. Calificamos esta fundación de *solemne*, porque el monasterio existía ya, habiéndose establecido en 507 por el abad San Severino (Pagi, *an.* 515.—Baron, 522).

521.—El monasterio de Kildare, en Irlanda, consigue una gran celebridad en virtud de los ejemplos y milagros de la virgen Santa Brígida (Bolland., I *febr.*).

523.—San Fulgencio sigue dando al mundo los más bellos ejemplos de modestia monástica, ejemplos tanto más eficaces, cuanto que á su carácter de obispo se unía el glorioso título de confesor de la fe (Baron., 522, 15).

528.—San Benito pasa de Subiaco al Monte Casino, en donde echa los cimientos del famoso monasterio que es la principal residencia de su orden (Greg. *Dialog.*, II, 8), al cual da su inmortal regla. El tiempo en él está dividido entre el trabajo manual y la oración. Sin embargo, esta regla tiene previsto el caso en que los trabajos manuales serán reemplazados por el estudio, lo que llegará á ser más particularmente necesario en lo sucesivo, cuando la mayor parte de los monjes estén revestidos de la dignidad sacerdotal; se sabe que en un principio eran todos laicos, como lo fué su mismo ilustre fundador.

541.—Casiodoro, gran lumbrera de su siglo, habiendo abrazado la institución de San Benito, funda un monasterio cerca de Squillacci, en Calabria, en un lugar llamado Castel por San Gregorio el Grande (l. VII. *Epist.* XXXI, XXXIII), y que tomó el nombre de Viviers, porque Casiodoro hizo un monasterio doble: uno en la base de la montaña para los *cenobitas*, el otro sobre la altura para los *ermitaños* (véase Muratori. *Annal. d'Ital.*, an. 556).

543.—Fredegardo, obispo de Mans, pide algunos monjes á San Benito (Pagi, *an.* 543, 5).

544.—San Mauro es enviado por San Benito á las Galias, donde funda el célebre monasterio dicho de San Mauro-sur-Loire (ídem, *Not. chronol.*, *ad an.* 544, n. 9 sig.).

547.—Dedicación de este monasterio, en la cual intervienen todos los obispos de la provincia (ídem. *Ad an.* 547, n. 14).—Fundación de otro gran monasterio en Arlés (ídem, *an.* 553, n. 32, 33).

551.—Los monjes traen de las Indias al Imperio romano el cultivo del gusano de seda, convertido con el tiempo en fuente de inmensas riquezas (Procop. *De Bello Goth.*, IV, 17).

563.—San Colombo ó Colmo, fundador ya de un primer monasterio en Irlanda, pasa á Inglaterra con doce de sus compañeros, evangeliza allí á los Pictos y levanta una notable abadía (Beda. *De gest. Angl.*, III, 4).

569.—Una inscripción de este año (569), descubierta en Capua, atestigua la existencia de monasterios de vírgenes, teniendo sus abadesas, y viviendo bajo la regla de San Benito:

HIC REQVIESCIT IN SOMNO PACIS
IVSTINA ABBATISSA FVNDATRIX
SANCTI LOCI HVIVS QVAE VIXIT
PLVS MINVS ANNOS LXXXV. DEPOSITA
SVB DIE KALENDARVM NOVEMBRIVM
IMP. D. N. N. IVSTINO. P. P. AVG.
ANN. III. P. C. EIVSDEM INDICTIONE TERTIA.

«Aquí reposa en el sueño de la paz, Justina, abadesa fundadora de este santo lugar. Vivió (más ó menos) ochenta y cinco años. Ha sido *depositada* el día de las kalendas de Noviembre, bajo el imperio de Justino, padre de la patria, augusto, el año III después del consulado de este mismo Príncipe, indicción tercera.»

(*Ap.* Muratori. *Annal. d'Ital.*, an. 569).

575.—San Gregorio el Grande, habiendo abdicado la prefectura de Roma, abraza la vida monástica en el monasterio de San Andrés, también de Roma bajo la regla de San Benito, como lo prueba Mabillon en sus *Vetera analecta* (*Dissertatio de vita monastica Gregorii papæ I*).

579.—San Gregorio el Grande, enviado en clase de Nuncio del Papa á la corte de Constantinopla, lleva consigo algunos monjes, con los cuales continúa su vida religiosa (*S. Greg. Præfat.* ad *libr. Moral.*, c. 1).

585.—San Columbano, monje irlandés, pasa con San Gall y otros monjes compatriotas suyos á las Galias y establece allí una regla que distribuye el tiempo entre la oración, la lectura y el trabajo manual (Mabillon. *Act. SS. Ordin. S. Benedict. Sæc.* II).

590.—San Columbano funda el célebre monasterio de Luxeuil, (ídem ibíd., lib. VIII).

591.—San Aredo, abad, deja al morir un monasterio edificado en sus tierras, cerca de Limoges, y que habia dirigido con gran sabiduría y habilidad (Greg. Turon. *Hist. Franc.*, l. X, c. 29, edit. Ruinart, pág. 523).

596.—El insigne monasterio benedictino de San Andrés, en Roma, suministró al Soberano Pontífice misioneros para la conversión de los ingleses, bajo la dirección de San Agustín, apóstol de Inglaterra. Éste establece allí la vida común entre los monjes unidos á las nuevas Iglesias, donde desempeñaban el oficio de canónigos (véase Baron. *Ad ann.* 596, 597).

ORFEO. (SUS REPRESENTACIONES EN LOS MONUMENTOS CRISTIANOS.)—I. Se encuentra algunas veces en los monumentos cristianos de los primeros tiempos la figura mitológica de Orfeo. El cementerio de Domitila encierra las dos únicas pinturas representando este interesante asunto, que han llegado hasta nosotros: una y otra son del mismo estilo, y bastante notables por su elegancia, para que Boldetti haya creido poder remontarlas al reinado de Nerón (*Cimit.*, pág. 26). En el primero de estos frescos (Bossio. *Rom. sott.*, pág. 239.—Cf. Bottari, t. II, tab. LXIII), Orfeo está colocado en el centro de un octógono rodeado de ocho compartimientos iguales, donde están pintados alternativamente episodios del Antiguo y del Nuevo Testamento, con animales que se refieren al objeto principal. Está sentado sobre una roca, entre dos árboles que se inclinan hacia él, y toca la lira en medio de diversos animales salvajes y domésticos que parecen escucharlo atentamente. Se diría que el artista, al ejecutar este cuadro, ha tenido á la vista el que describió Filostrato (*Imag.*, VI.—Cf. Bott., II, página 64), y que reproducía, sin duda, el tipo admitido en la antigüedad pagana; tanta conformidad existe entre uno y otro respecto á la figura, á la actitud y al vestido del personaje principal. «Está sentado, dice el sofista de Lemnos (Bottari, t. II, pág. 30); un vello ligero cubre sus mejillas; tiene la cabeza cubierta con la tiara recta, toda brillante de oro, *tiaram auro fulgentem, in capite rectam gestans* (traducción del editor); su ojo anuncia el genio y una inspiración divina..... El sentido totalmente religioso de sus cantos respira en la expresión de su rostro..... Su pie izquierdo, apoyado en tierra, sostiene su lira, inclinada sobre su costado, y con el pie derecho lleva el compás» (*Imag.*, VII. *Philostratorum et Callistrati opp. recognov. Ant. Westermann.* París. Didot, 1849). El Orfeo de Filostrato estaba también, como el nuestro, rodeado de árboles, de pájaros, de animales de todas clases, porque la fábula suponía que, por la dulce armonía de sus cantos, no sólo atraía á los hombres y hacía propicios á los dioses, sino que también apaciguaba el furor de los mares, suspendía el curso de los ríos, y á sus acentos los árboles y los bosques abandonaban por completo su sitio para seguirle:

..... Insecutæ Orphea sylvæ,

dice Horacio (lib. I. *Carm.*, od. 12), y un poco más lejos:

..... Auritas fidibus canoris
Ducere quercus.

Pero el poeta filósofo da, en otra parte, la explicación racional y positiva de estos hechos maravillosos, indicando el motivo que hizo producir tales efectos á la lira del sublime cantor. Siéntese aquí el soplo de ese escepticismo que, en tiempos de Augusto, minaba ya las viejas creencias:

Sylvestres homines sacer interpresque Deorum
Cædibus et victu fœdo deterruit Orpheus,
Dictus ob hoc lenire tigres rabidosque leones.

(*De art. poet.*, vers. CCCLX.)

«Por haber separado de la maldad y de la barbarie á los hombres salvajes, convirtiéndose así en intérprete de los dioses, es por lo que se ha dicho que Orfeo amansaba los tigres y los leones.»

Manilio (*Astron.*, lib. V, vers. 257) expresa de un modo enérgico la virtud de sus cantos, suponiendo que daban sensibilidad á las rocas y oídos á los bosques:

Et sensus scopulis et sylvis addidit aures.

Los datos mitológicos han sido, así como hemos dicho, seguidos exactamente en los monumentos de las catacumbas. Sobre los árboles, entre los que se halla sentado Orfeo, se posan un pavo real y otras aves que parecen como suspensas de sus labios y cautivadas por los armoniosos sonidos de su lira. A su alrededor se notan un león, un oso, una pantera

y una serpiente, que representan á los animales salvajes; al otro lado, animales domésticos;

un caballo, un carnero, una tortuga y diversos insectos. Lleva la túnica dos veces ceñida, por debajo de los riñones y en los costados, y encima el *sagum*.

En este monumento, como en todos los demás, cristianos ó profanos, hay estas especies de calzoncillos á la moda oriental, llamados *anaxyris*, los cuales se prolongan hasta los pies y forman el calzado. Aquí este vestido se halla rodeado, en cada pierna, de una estrecha banda de tela de distinto color, semejante á esas fajas de púrpura (*Clavi*) que se observan con tanta frecuencia en las túnicas y en las *penulæ* de los personajes de las catacumbas. La tiara que cubre su cabeza se halla también mencionada por el mismo Filostrato el Joven en la *Vida de Apolonio* (lib. I, c. 25). Rubenio, en su libro *De re vestiaria* (lib. II, c. 16), observa, según Bosio (*Roma sott.*, lib. II, c. 35), que se ve en los mármoles antiguos representando al cantor de Tracia. No conocemos más que un mármol donde está representado: es un fragmento de sarcófago de Ostia, recientemente descubierto (véase el grabado de más abajo). La segunda pintura del cementerio de Calixto (Bosio, pág. 255.—Cf. Bottari, t. II, tab. LXX) difiere un poco de la primera en cuanto á los accesorios. Se encuentra en el fondo de un monumento arqueado, ó *arcosolium*. Aquí Orfeo lleva una túnica más ajustada, de mangas estrechas, y el *pallium*, ó quizás un *sagum* muy largo, el cual, cayendo desde los hombros, lo cubre y lo rodea desde la cintura hasta los pies, mientras que en la pintura precedente dicho manto está fijo sobre los hombros. Tal era el traje de los músicos, así como lo atestigua Horacio (*De art. poet.*, vers. 215):

.....Traxitque vagus per pulpita vestem.

Tibulo (lib. III, *Eleg.* 4, vers. 35) da á Apolo, del cual la lira es, como se sabe, el principal atributo, el manto bajando hasta los pies, y Ovidio (*Fast.*, lib. VI, vers. 687) se expresa como sigue respecto á un tocador de lira:

.....Et ut tibicina cœtum
Augeat, in longis vestibus ire jubet.

«A fin de aumentar el número de sus oyentes, aparece vestido de largo.»

Pero volviendo enteramente á nuestro objeto, Calistrato, hablando de la estatua de Orfeo, dice que su vestido bajaba desde los hombros hasta los talones, y que tenía cubierta la cabeza con la tiara persa, como en nuestra pintura.—*Ornabat eum tiara persica auro distincta a vertice sursum erecta, tunicaque ab humeris ad pedes demissa, balteo aureo circa pectus adstringebatur* (*Stat.*, VII, traducción del editor). Sobre la rodilla izquierda tiene apoyada la lira, de una forma exactamente igual á la que le atribuyen, ya los escritores, ya los mármoles, las gemas y las medallas antiguas, pero distinta por su forma de la que lleva en el otro fresco. Éste se halla redondeado en la parte superior, y sus dos lados forman dos especies de arcos, como el que describe Filostrato (lib. I. *Imag.*, n. 10), mientras que el otro acaba en dos puntas.

Después de los dos frescos de Domitila que acabamos de describir (se ha encontrado poco después un tercero, véase De'Rossi. *Rom. sott.*, t. II, tab. XVIII), puede citarse una lámpara de arcilla publicada en la gran obra de M. Perret, sobre las catacumbas (t. IV, pág. 17, n. 1), en la que está representado Orfeo tocando la lira y rodeado de diversos animales. Algunas lámparas del mismo género figuran en diferentes museos, y la imperfección del trabajo que se observa en ellas acusa una época de decadencia. El gabinete de antigüedades de la Biblioteca Nacional posee una (Raoul-Rochette. *Mém. sur les Cat.*, pág. 118). El mismo asunto se encuentra también grabado en una piedra fina recogida en una sepultura cristiana de los cementerios romanos, y que Mamachi (*Origin. et antiq. Christ.*, t. III, pág. 81, nota 2) señala como formando parte, en el tiempo en que él escribía, del museo Vettori. M. Visconti ha encontrado otra en un sarcófago de Ostia; damos aquí el grabado de ella.

Se sabe, por el testimonio de Pausanias (lib. IX, c. 30 *et alibi*), que, en la antigüedad, varios artistas la habían esculpido en mármol y vaciado en bronce. Se trata aquí, sobre todo, de la estatua erigida á Orfeo sobre el Helicón, y que, según toda apariencia, ha servido de tipo á todas las imágenes de este personaje de la época romana que han llegado hasta nosotros (Raoul-Rochette, 1.º *mém.*, pág. 119). Se sabe que figura en el reverso de ciertas medallas de Antonino Pio y de Marco Aurelio, acuñadas en Alejandría (Zoega. *Num. Ægypt.*, pág. 181, n. 159.—Morell. *Recueil*, pl. XI). Caylus, á su vez, ha publicado dos piedras grabadas que ofrecen casi la misma composición, y que él presumía haber sido ejecutadas en Egipto (*Recueil*, III, pl. XIII, n. 1, *et Rec.*, IV, pl. XLVIII, n. 1).

II. Pero no sin alguna sorpresa es como las personas poco versadas en el estudio de los